

Nombre de la publicación:

" M E N S A J E "

Ciudad SANTIAGO

Fecha: Año 1987 Mes 5 Día 358

Página 131 a 133 Columna 1

Ubicación del recorte

Biblioteca del Congreso Nacional — Anexo

4571

EDITORIAL

El amor puede más

Nunca antes se había predicado con tal fuerza la palabra de Dios entre nosotros. Colectivamente y al corazón de cada uno. ¿Quién, en verdad, no se sintió tocado o súbitamente formando parte de esos rífos humanos que caminaban a su encuentro desde antes de la salida del sol?

Su paso por Chile fue una verdadera fiesta nacional. El pueblo se volcó a las calles, por varios días no se trabajó, hacía tiempo que no nos sentíamos alegremente unidos, y sin distinciones, en torno a algo tan positivo. Pero más allá de nuestra necesidad de un líder y de su carisma extraordinario, el fenómeno fue sin duda profundamente religioso: se trataba de Juan Pablo II, el mayor líder religioso mundial, y por eso no se escatimaron esfuerzos, aunque sea para verlo pasar... fugazmente.

Al principio, sin embargo, su palabra decepcionó a muchos. ¡Tantas ilusiones de que por fin alguien iba a hablar con libertad! Pero... sus discursos no parecían asumir las tensiones que brotaban del ambiente. Al clamor de los pobres o de los jóvenes, su respuesta parecía tan poco concreta: creer en Dios, amar a Jesucristo, no dejarse seducir por el ídolo de la violencia... Tampoco pareció estar diciendo algo nuevo ni en la Universidad Católica, ni a los sacerdotes, ni a las familias. Sin embargo, esa palabra "ya conocida" nos estaba cautivando por dentro, y, como una fuerte marea, nos fue convocando al encuentro. ¿Qué sucedía? Se estaba entrando en contacto —lo que no acontece todos los días— con un hombre de nivel superior, cuya palabra resonaba genuina, a quien sí se podía creer. Porque si decía que la misericordia de Dios era lo más importante, a él lo veíamos viviéndola, acariciando con ternura a niños y enfermos, entregándose sin apuro al carlño de cada uno, aunque lo esperaran miles de fieles; si decía que había que servir y ser solidarios, lo veíamos haciéndose solidario con la esperanza de millones que necesitaban "verlo", aunque eso le exigiera hasta los límites del agotamiento físico. Empezamos a descubrir que su palabra la predicaba viviéndola y a través de gestos, más expresivos que los conceptos. Abrazar conmovido a los pobladores, tomar con ellos una taza de té puro con pan amasado, fue para ellos mucho más elocuente que todas sus palabras. Visitar al Presidente Pinochet y bendecir a Carmen Gloria Quintana, recibir a los políticos, incluyendo al Partido Comunista, y salir al balcón de La Moneda, ¿no fueron gestos que rubricaron con fuerza su llamado a la reconciliación? Particularmente su escuchar, su siempre atento escuchar. Esto no lo "decía", lo "vivía". Y esto dio a su palabra su dimensión completa, pues de monólogo la transformó en diálogo. Notó el eco con que las multitudes respondían cada vez que se mencionaba el dolor de los jóvenes, de los trabajadores, de los mapuches. Oyó con atención a la Vicaría de la Solidaridad. No lo dejó indiferente la violencia del Parque O'Higgins, ni la congoja de los

presos, ni la bulliciosa alegría de las religiosas. A éstas al fin las interrumpió: "¿Quiéren escuchar al Papa? Entonces, silencio...", les dijo con una sonrisa.

Escuchando, dejándose interpelar por esa voz de Dios que emerge de los "hermanos y hermanas", la palabra del Papa Juan Pablo, hecha vida y gestos concretos, y transida de ese inmenso cariño que daba y recibía sin medida, se fue haciendo poderosa, impactante, y llegó en verdad al corazón, hasta hacer brotar en muchas personas lágrimas ya olvidadas. Fueron días bellos, de entusiasmo noble por una persona que encarnaba lo mejor que podíamos anhelar. Más aún cuando su palabra era portadora de un contenido sanante y liberador, que estaba haciendo a la nación sentirse nuevamente nación y a cada persona saberse particularmente amada por Dios Padre.

La fuerza del amor

Aunque sin entrar en las concreciones que algunos deseaban, su palabra, con todo, no se quedó en los principios. Lo que sí sucedió fue que privilegió lo positivo, lo que nos une, lo constructivo, por sobre la denuncia o los reproches. Y esto muy asentado en lo religioso, explícitamente, lo que muchas veces se echa de menos en nuestra propia Iglesia chilena, incluyéndonos a nosotros como revista.

Ya desde su encuentro con los pobladores: "No traigo 'oro ni plata', pero vengo en nombre de Jesucristo a anunciaros el amor de predilección del Padre, que ha querido revelar la esperanza del reino a los pobres, a los sencillos de corazón, a los que abren sus puertas al Señor y no desdeñan su mano misericordiosa". A todos conminó a lo mismo, a poner su mirada en Jesucristo, a confiar en el amor infinito de Dios, a convertirse de corazón a la solidaridad y al amor de los hermanos, a dejar el pecado y reconciliarse con el Padre y los demás, con la ayuda maternal de María. Pero desde ese centro, al que volvía recurrentemente y que impregnaba de amor su mensaje entero, se refería una y otra vez a las mil situaciones que amenazan o empañan nuestra visión del Señor o nos impiden seguirlo. Así, no sólo habló de la libertad, "aspiración irrenunciable de toda sociedad bien fundada e inspirada en valores cristianos de solidaridad y justicia" (La Bandera); de la paz, que se logra por una "activa promoción de la verdad, la justicia, la solidaridad y la libertad" (Punta Arenas); de la democracia, "es de alentar que en Chile se lleven pronto a afecto las medidas que, debidamente actuadas, hagan posible, en un futuro no lejano, la participación plena y responsable de la ciudadanía en las grandes decisiones que tocan a la vida de la nación" (Seminario). También se refirió a la extrema pobreza, "dolorosa espina clavada en mi corazón" (Cepal); a la cesantía, "síntoma de la presencia de un desorden moral" en la sociedad (Concepción); al exilio, saludando "a los chilenos que, desde tantas partes del mundo, miran con nostalgia la patria lejana" (San Cristóbal); a los derechos humanos, condenando "todas aquellas violaciones que atentan contra la vida o la integridad de la persona humana"

(Punta Arenas), o instando a los obispos: "No dudéis en defender siempre, frente a todos, los legítimos derechos de la persona" (Seminario).

Desde Jesucristo, un llamado

El ángulo era positivo, pero no menos claro. "El Papa hace suyas las aspiraciones legítimas de justicia que lleváis en el corazón —decía a los trabajadores—, porque sabe que se halla en juego vuestra dignidad como hombres y como cristianos". Mas —continuaba— "a la luz del resplandor de la resurrección de Jesucristo, quiero deciros que sólo el amor, a ejemplo de Cristo, es capaz de dar una solución auténtica y duradera a vuestros problemas", porque "el amor cristiano anima la justicia, la inspira, la descubre (...), pero no la excluye, no la absorbe, no la sustituye, sino que la presupone y la exige, porque no existe verdadero amor, verdadera caridad, sin justicia" (Concepción). Así, desde el amor misericordioso del Padre podía dirigirse con libertad "a los pobres, a los que viven en las poblaciones marginales, a los que sufren los estragos de la violencia" (San Cristóbal) y abogar por ellos con fuerza: "¡Los pobres no pueden esperar! Los que nada tienen no pueden aguardar un alivio que les llegue por una especie de rebalse de la prosperidad generalizada de la sociedad" (Cepal). "¡Sed solidarios por encima de todo!", poned en marcha "programas de acción audaces con miras a la liberación socio-económica de millones de hombres cuya situación de opresión económica, social y política es intolerable" (Cepal). Llamado imperioso, pero hecho con amor.

En el momento más dramático, cuando vela el espectáculo vergonzoso del Parque O'Higgins y respiraba el gas lacrimógeno, su voz se irguió tres veces por sobre nuestra violencia: "¡El amor puede más!".

Este clamor, de quien insistió en lo que nuestros obispos nos vienen pidiendo —de "hacer un gran esfuerzo por construir la paz y encontrar vías de solidaridad y reconciliación dentro de un legítimo pluralismo" (Maipú)— deberíamos recogerlo con responsabilidad. Es cierto que no se detuvo a considerar las mediaciones, para concretar los modos —lo que compete a nosotros como chilenos—, pero ahí está la orientación central, y sobre todo su espíritu. Su palabra positiva, fuertemente religiosa y humana, esperanzadora por sobre los desalientos, recibida en fiesta nacional como nunca, sólo producirá frutos de reconciliación si es acogida. Así como su mensaje transmitido por gestos se hizo completo al acoger y responder a la alegría y al dolor del pueblo, su mensaje meditado en palabras quedará completo y se hará anuncio salvífico cuando, como personas y colectivamente, lo acojamos de veras en nuestra vida real. No basta haberlo aplaudido. No basta desear la justicia y la paz. ¡Hay que construirlas! Su mensaje es ahora nuestra tarea. Y aunque él sólo pasó por entre nosotros, su voz nos seguirá interpelando con fuerza: "¡El amor puede más! ¡El amor puede más!".

Mensaje

15 de abril de 1987